

ga á morir, no habrá perdido lo mas mínimo su reputación á causa de una falta que jamas se perdona á las solteras; y luego ¿quién sabe? Luego si se presenta algun buen muchacho á quien agrade, que la perdone un matrimonio que ella tuvo por legitimo, y con quien quiera casarse, se casará, y todo caerá en el olvido.

Esta cuenta era la que yo me hacia: pero Pepita no queria ocultarse; hubiera preferido decir á todo el mundo:

— ¡ Si, he sido su mujer, y seré la madre de su hijo!

Las jóvenes, cuando están muy enamoradas se honran con su amor en vez de avergonzarse de él. Pero yo la decia:

— El nombre y el honor de tu familia no te pertenecen; ¿quieres deshonorarme y perderme contigo? ¿Quieres envilecer la memoria de nuestra pobre madre, y la reputación de que goza nuestro buen hermano en su regimiento? Quieres que digan: ¡ Mira la educación que la dió su madre! ¡ Qué cuidado tuvo de ella su hermana! ¡ Ahí va el hermano de las dos muchachas malas de Voiron!

Pepita lo veia todo del mismo modo que yo y hablaba en igual sentido, así es que prometia cuanto yo queria.

LXVI.

Pero el hombre propone y Dios dispone; se ha dicho desde mucho tiempo atras.

Una noche, una noche terrible; ¡ ah, mas terrible que todas las otras! Siete meses despues del matrimonio secreto de mi hermana, ocurre la desgracia! Solo tuve tiempo para correr con los piés descalzos á llamar en silencio á una comadre, tan secreta y segura como un candado; la obligué á jurar que callaria. Entonces se deslizó á la sombra de las paredes y recibió al niño en sus brazos; un varon. ¡ Dios mio! ¿ Qué hacer? Nada teníamos dispuesto, todos mis proyectos quedaron frustrados! ¡ Un niño que ocultar, que mantener, que vestir, la publicidad, la vergüenza, la deshonra, la muerte ó la pérdida de Pepita!

Imaginaos mi confusion, mi desesperacion. No tenia tiempo

para pensar lo mejor que deberia hacer. Pero afortunadamente la comadre era discreta como la tumba.

— ¿ Y qué hacemos? — la dije.

— Señorita Genoveva — me contestó — es una desgracia; pero me he hallado en otros casos semejantes y siempre he visto que, callando y teniendo calma se adelanta mas que alborotando y corriendo. Se necesita tiempo para combinar los medios de salvar el honor de la niña, de advertir al padre, de prevenir á la familia, de reconocer la criatura y de legitimar el nacimiento. Para todo esto se necesitan dias: confiad en mí, entregadme el recién nacido, le pondremos una marca, por la cual se le pueda reconocer siempre; le llevaré envuelto en mi delantal esta noche al torno del hospital en que se depositan; tiraré de la campanilla, acudirá una beata, ó hermana de la caridad, y aguardaré escondida hasta ver que aquella coge el niño desconocido y lo lleva á una de las amas de leche montañesas, que pasan la noche en aquella casa esperando crias. Solo Dios y las estrellas nos verán. San Vicente Paul es el que ha inventado esto, señorita, para hacer ciega la caridad, para cubrir la vergüenza de las pobres madres, y para salvar la vida á millares de niños.

LXVII.

Era preciso resolverse; pronuncié con dificultad una oración á aquel gran santo: envolví un poco de pelo de su padre en un papel, y con una S. y una J. encima, lo puse en el brazo de la criatura que todavía no lloraba; la comadre se le llevó en su delantal, y yo volví á cuidar de mi hermana, que no sospechaba cosa alguna. Poco á poco le fui diciendo lo que acababa de hacer, dando lugar á que la razon, mezclada con la dulzura, se hiciese lugar en su cerebro. Lloró mucho la pobre niña; pero, al fin, se convenció de la necesidad de separarse momentáneamente de su hijo, despues que la demostré cuán fácil seria reconocerle y lo bien cuidado que estaria por la caridad de Dios; esto último casi tanto como en nuestra casa.

Pasados tres dias se levantó; y entonces la vieron sentada á mi lado, como de costumbre, trabajando en la tienda. Con lo que, y con haberla encargado que cantase y riese cuando la oyeran las vecinas, nadie sospechó que hubiese tenido un solo dolor de cabeza. Di gracias á Dios, en mi interior, y á la comadre.

LXVIII.

¡Ah! señor! el hombre no tiene razon nunca para llorar ni para reir! Cuando me regocijaba así interiormente por la proteccion que la Providencia nos habia dispensado, en medio de nuestra desgracia, no adivinariais otra mas terrible que todas las anteriores que caia sobre nosotras.

No, no adivinariais esta nueva desgracia jamas! ¡Pues bien! ¡Oid!

Esforcé doblemente mi atencion. — ¡Pues bien! ¡Oid! — repitió bajando la voz, como si procurase impedir que lo oyese alguien mas, y eso que estábamos solos los dos; — ya habian pasado cinco largos dias, y cinco largas noches, sin que la buena comadre volviese á darme cuenta de lo que habia hecho del niño. Pepita estaba atormentada. Yo decia: temerá comprometernos viniendo á nuestra casa; ¿pero por qué no viene de noche? la calle está desierta, ni una alma pasa por ella despues que se acuesta la gente pobre. ¿Qué ha sucedido, entonces? Es preciso que yo vaya.

Me eché el velo temblando, como si hubiera cometido un crimen, luego que se hizo enteramente de noche, y fui, dudando si me atreveria á llegar hasta la puerta de la casa vieja donde vivia la comadre.

Pero en el momento de volver la esquina para entrar en el callejon que conducia á su casa, oí un murmullo de gentes al rededor de su puerta y ví dos gendarmes que traian en medio á la pobre mujer como si fuese una ladrona!

LXIX.

Ignoro lo que me pasó al ver aquello; parecióme que me quitaban la piel de la cara, y que en tal estado me esponian á los rayos de un sol abrasador. Era la vergüenza que me venia al rostro y me decia: acaso te interesa esto; vas á ser descubierta y tu pobre hermana quedará deshonrada. ¡Ah, Dios mio! ¡Dios mio! mi sentimiento era demasiado cierto. Estaba perdida.

Entre los que componian aquella muchedumbre que iba detras de la comadre presa, habia algunos que decian á los demas: —

— ¿Qué ha hecho la buena Belan?

— Dicen que ha dado muerte á un niño!

— ¡Mónstruo! — esclamaban las viejas.

— No — decian otros — lo que ha hecho ha sido venderlos á gitanos al precio de tres francos cada niño.

— ¡Bah! — decia un tercero — no sabeis lo que decis, es incapaz de eso la buena mujer. La conducen presa por haberla sorprendido un espía del comisario, cuando volvia de llevar un niño al torno de la inclusa; ha recibido dinero de la madre para obrar así, y ahora no quiere decir quién se lo ha dado.

— ¡Bien hecho! — decian las vecinas; — ¿os parecia mejor, acaso, que fuese contando por todas partes los secretos y las desgracias de las familias?

Podeis imaginar lo que yo sufriria oyendo todo aquello, escondida á la sombra de una puerta, y cuál seria la agonía en que volví á casa.

LXX.

Llegué tan descolorida, tan descolorida, que Pepita se apercibió de ello.

— Tú traes algo — dijo. — ¡Alguna desgracia ha ocurrido! ¡Pobre hijo mio! ¡Quiero verle, quiero llevarle de besos, quiero levantarme! Voy á casa de la tia Belan, para que me diga lo que ha hecho de él:

Diciendo esto se levantó como una loca; se puso su vestido y su gorro, é iba á salir á pesar de mi resistencia. Iba, pues, á encontrarse con la gente que estaba aun á las puertas en el callejon de la comadre, y, con su desesperacion y sus gritos á descubrirlo todo; ¡ estaba perdida!

Así que, me ví precisada á ponerme delante de ella, á sostener con todas mis fuerzas una lucha con mi hermana, bien que temblando de hacerla daño, hasta conseguir volverla á acostar en su cama y contarla todo lo que yo habia sabido poco antes.

— ¡ Y mi hijo! ¡ y mi hijo! ¿ y el hijo de mi Séptimo, dónde está? Quiero volverle á ver; quiero arrancársele á esos mónstruos.

Y para decir esto alborotaba tanto que tuve que tapparla la boca con mi mano, á fin de evitar que la oyeran en la calle.

— ¿ El niño? — la dije, — ya no está aquí, se le han mandado á una nodriza de un pueblo distante. Pero, no te apures, le hemos puesto una señal con una cifra, á favor de la cual será reconocido siempre.

LXXI.

Pero por mas que la repetia que el niño se hallaba bien, que estaba marcado, que tenia un rizo del pelo de su madre y otro del de su padre, todo era en vano; Pepita se hacia sorda á todo, se echaba sobre la almohada; la besaba como si fuera su hijo, la acercaba á su pecho como para darle de mamar! ¡ Lloraba, reia, estaba loca! Como consecuencia de aquel golpe, se la retiró repentinamente la leche, que no habíamos conseguido aun que le faltase del todo, la fiebre se apoderó de ella y el delirio aumentó; antes de amanecer habia muerto... Sí, señor, estaba muerta en mis brazos, sola, fria, muerta! ¡ Muy muerta!

Luego que vino el médico y la tomó el pulso, torció la cabeza. Dijo que era una fiebre que habia atacado al cerebro y se fué. « Hay enfermedades, dijo á los que se habian reunido en la tienda, que no dejan tiempo al arte; cuando el médico llega, ha dejado de existir el enfermo. »

Yo guardaba el mayor silencio. Me encontraba allí como una madre que habia perdido á su única hija, pero me contenia para salvar al menos su honor, ya que no habia podido salvar su vida; no permití que nadie más que yo velara de dia y de noche, á la luz de los blandones, cerca de la cama; yo misma la amortajé, y la eché, despues de haberla besado la frente, en el ataud que la hizo uno de sus primos. Cuando la estaba envolviendo en su mortaja, lo mismo que un niño en sus pañales, se me ocurrió: « Hé aquí para lo que he renunciado á casarme con Cipriano! ¡ Para casarme con la muerte! »

Tenia, sin embargo, el consuelo, si alguno podia tener, de que los parientes, los vecinos y las vecinas me manifestaban en su afliccion el interes que se tomaban por mí. En todo Voiron no se hablaba de otra cosa... venian en grupos á la puerta de la tienda, y decian: ¡ Qué desgracia! ¡ Qué infortunio! Una muchacha tan hermosa, tan trabajadora y tan buena! ¡ No se volverá á ver nunca en la calle otra igual! ¡ Era la rosa del país! ¡ Dios la ha recibido en su seno! ¡ Pobre Genoveva!

A la mañana siguiente doblaron las campanas, como si la que habia muerto hubiese sido una gran señora; las muchachas del pueblo, ricas ó pobres, vestidas de blanco, colocaron ramilletes blancos tambien, sobre el paño de su féretro, y fueron acompañando este á la iglesia y al cementerio; y en su sepulcro colocaron una bonita cruz de hierro adornada con cintas blancas y coronas de siemprevivas, blancas tambien, emblema y honra de las jóvenes que mueren en la inocencia del bautismo. La cruz se asemejaba á una vid cargada de racimos, ó á un manzano enano cuyas ramas todas estuviesen cubiertas de flores. Esto es lo que se acostumbra en el país, y basta que á una jóven le falte alguno de estos adornos sobre su tumba, para que no gane nada ella ni su familia en la opinion de las gentes.

Yo misma fui, cuando se hizo bien de noche, y ví aquellas flores y aquellas cintas, las cuales me hicieron llorar mas que si no hubiese visto nada. Decia entre mí: « ¡ Esto engañará á los hom-

bres, pero de ningun modo á los ángeles! ¡Pobre niña! ¡No descubra la tumba tu secreto! ¡Ella acredite, aunque mienta, la honradez de tu familia en Voiron! ¡Ah, cuánto lloré! ¡Cuánto lloré, sola sobre aquella tierra fresca, sola en mi cama, sola en la tienda en aquellos tres días!

LXXII.

Pero no era este solo el peso que me agobiaba; tenia un remordimiento continuo que me roía el corazón, y no me dejaba un momento de descanso, ni aun cuando en fuerza de haber llorado parecia quererme rendir el sueño.

—¿Qué haces tú aquí, en casa, me decia, mientras la pobre tía Belan se encuentra presa por tu culpa? ¿Cómo tienes valor para dejar sufrir á una buena mujer, y que ande en lenguas su reputacion, siendo así que te consta su inocencia, y que no está en la cárcel sino por librar de ella á otros?

Solo tres dias pude continuar en este estado; al cabo de los cuales me puse mis mejores vestidos, sin decir nada á nadie; fui á rezar á la iglesia y á la tumba de mi hermana; y por último subí á una tartana en que eran conducidos los pobres á Lyon, mediante el abono de dos pesetas. Esta era la misma en que los gendarmes llevaron la comadre á la cárcel. El tartanero me informó de todo, y al llegar á Lyon, di dos cuartos á un chiquillo para que me guiase hasta la puerta de la cárcel de las mujeres. Rogué al conserje que me permitiera hablar á la comadre de Voiron, suponiendo que la llevaba noticias de sus hijos, ropa y dinero. El conserje y su mujer no hicieron caso de mí en un principio, y desecharon mi solicitud; pero, despues, viendo que no me separaba de la puerta, ni dejaba de llorar copiosamente, puesto el pañuelo sobre los ojos, y allí delante de los soldados, se compadecieron de mí; me llamaron, y entrándome en un cuarto inmediato al suyo, en donde habia una reja de hierro y bancos de madera, trajeron á la comadre, y me dejaron sola con ella todo el tiempo que quise.

Mucha vergüenza me causó el volverla á ver, y principalmente al considerar que estaba allí por culpa nuestra.

LXXIII.

Me manifestó, sin hacerme el menor cargo, que en el momento de ir á poner el niño en el torno de la Inclusa, la habian espiado unos vigilantes ocultos en las cercanías del establecimiento, los cuales la habian delatado al comisario de policia; que este, en cumplimiento de órdenes superiores que habia recibido, la habia acusado de llevar, por interés ó por condescendencia, niños espósitos á la Inclusa, con perjuicio de la provincia que tenia obligacion de alimentarlos; que los gendarmes habian ido á prenderla, que primero habia sido conducida á Grenoble, en donde se la interrogó para que justificara de quién habia recibido el niño, y declarase quién era su madre, á lo cual ella se habia negado, por no perjudicarnos, manifestando que preferiria morir en un calabozo, á faltar á la confianza que habia inspirado su probidad á unas jóvenes puestas en un conflicto; que entonces la habia dicho el juez: «Pues bien, permaneceréis en la prision hasta despues de haber manifestado en dónde cogisteis aquel niño.» Habiéndosela enviado á Lyon á aquella casa correccional, para no salir de ella hasta cuando Dios quisiera, acusada de haber espuesto niños legítimos ó ilegítimos, con el fin de dejar á cargo del Estado su manutencion, y luego, por medio de señales que les imprimia en el cuello ó en el brazo, poderlos devolver á sus madres.

—Pero no temais, añadió, señorita Genoveva; aunque estoy segura de que me harán padecer, yo nunca he sabido ser traidora. Antes consentiré que mis hijitos vayan á pedir un pedazo de pan de puerta en puerta, y envejecer como estas paredes, y secarme como estos maderos, que delatar á vuestra hermana. ¡Pobre niña! ¡Decidla que no se apure!

Entonces la comuniqué llorando la muerte de mi hermana. —Pues bien, dijo, ¿qué teme ahora allá arriba? Está en el cielo, en donde Dios perdona á muchas otras como la Magdalena.

—Sí, contesté, pero las malas lenguas no perdonan aquí, ni durante su vida, ni después de su muerte el nombre y la memoria de las pobres inocentes que han sido engañadas por un matrimonio falso, y han cometido una falta involuntaria. La memoria y el nombre de mi hermana, me son tan queridos y aun más sagrados que cuando vivía; ¡juradme por vuestra salvación que no lo manifestareis jamás á persona viviente, excepto á vuestro confesor, que Pepita había pecado!

Me lo juró.

Entonces me despedí de ella, besándola, y la prometí que al otro día se la pondría en libertad, y yo iría á ocupar su puesto en la cárcel.

Entendió lo que yo la quería decir, é hizo porque desistiese.

—¿Por ventura, señorita Genoveva, —me dijo, —os atreveríais á obrar en ese sentido, dando á entender que vos sois la culpable, solo por libertar á una pobre mujer como yo, y para impedir las habladurías que se estrellan contra la tumba de una muerta? ¿Ignorais que el mundo no se apiada jamás, y que os va á tomar toda vuestra vida por lo que queráis decirle que sois? ¡Ah, señorita; no hagais tal, atended á vuestra honra, nadie tiene dos! Si lo hacéis como decís, quedais perdida irremisiblemente.

—Me faltan fuerzas, tía Belan, la dije, me faltan fuerzas para sobrellevar el peso que me abrumba. No es para mí el manifestarme indiferente, cuando sé que os hallais aquí entre cuatro paredes por habernos querido hacer un favor. No tengo la serenidad necesaria para ver, sin encenderme, el nombre de la pobre Pepita, de mi hija, de mi ángel, que ahora está en el cielo, puesto en boca de todo Voiron, y mezclado con una sonrisa de desprecio; ni para oír por toda mi vida cuando se hable de ella, cuchichear medias palabras, que avergüencen aun á su pobre madre en los cielos; y por último, para presenciar que los hombres y las mujeres de la parroquia, el domingo próximo, ó cuando sepan la verdad, arrancan al paso las cintas blancas, las coronas virginales, las ramas de su cruz en el cementerio, y que arrastran con el pié los ramos de flo-

res blancas, renovados todos los días de fiesta sobre su tumba, por las muchachas de su edad. ¡Oh, no, no! no podría sufrirlo, eso de ver despreciada á mi hermana en su sepulcro, á mi presencia, y que la tierra que la cubre se convertía en un sitio solitario, y era objeto de mofa entre las jóvenes, en ese mismo cementerio por donde pasamos todos los días cuando vamos á la iglesia. Se me figura que su alma estaría penando continuamente, sin servirle de cosa alguna todas las misas que hiciese la aplicasen, y que su fantasma vendría todas las noches á mi alcoba á tirarme de los piés, y á darme en rostro con la humillación por qué la había dejado pasar. ¡No, no, jamás! prefiero echar sobre mí la responsabilidad de todo. No tengo inconveniente en sufrir por ella las sospechas y el desprecio, porque mi conciencia está pura y no me remuerde de nada.

Después de esto fué ya inútil cuanto hizo y dijo la comadre: una vez tomada mi resolución, soy demasiado terca; tengo este defecto, que en algunas ocasiones me reprendía riendo el señor cura; me hice sorda á todo, y salí de la cárcel con más ánimos que llevaba cuando entré.

LXXIV.

Al otro día fui á casa del juez; me mandaron entrar en su gabinete. Era un señor que cuando miraba ponía el ceño adusto, y parecía querer indagar lo que tenía uno en su interior. Así es que me quedé un momento sin saber qué hacer ni qué decir; y eso que el juez seguía escribiendo.

—¿Qué me quereis? —me dijo por último con una voz bastante desagradable y levantando la cabeza.

—Señor juez, —le contesté tantumedeando y temblorosa á pesar mio, como si realmente hubiese cometido un crimen, —teneis encerrada en la cárcel una mujer de Voiron, bajo el nombre de tía Belan. Es la comadre del pueblo, y tanto en el interior como en los arrabales, la quiere todo el mundo. Está acusada de haber pue-

to un niño, hijo de legítimo matrimonio, en el torno de la Inclusa, con intencion de ahorrar por este medio los gastos de la lactancia á un padre y una madre desposados, que querian constituirse asi en ladrones de la caridad pública. Se la ha condenado á permanecer en la cárcel, mientras no confiese quién la dió la criatura en cuestion.

—¿Y bien?— me dijo, levantándose y poniendo el ceño aun mas adusto que antes.

—Una vez que es preciso confesarlo, el niño no tiene, como se dice, padre ni madre legítimos; la tia Belan está inocente y se la castiga por culpa de otro. El niño es...

—¿De quién?

—De una servidora vuestra,—le contesté inclinando la cabeza, y poniéndome colorada hasta en lo blanco de los ojos.

—¡Tan jóven,—prosiguió despues de un momento de silencio,—y ya madre desnaturalizada! ¿Es posible que hayais tenido el necesario valor para abandonar á vuestro hijo, solo por no sufrir la justa vergüenza de vuestro desliz, y para romper los vínculos de la naturaleza, por razon del respeto humano?

Y luego continuó diciéndome otras muchas cosas. Me echó un sermon tan largo y tan terrible, como lo hace un cura en su púlpito, cuando se dirige á los pecadores y les habla de la justicia de Dios.

Yo no alzaba la vista de la punta de mis zapatos, y mucho menos me atrevia á contestar ni á decir una sola sílaba. Sentia mi humillacion hasta el extremo que debia sentirla, y sin embargo, existia en mí cierto regocijo interior, viendo que el juez me creia culpable, y que no se enfadaba contra nadie mas.

Entonces me hizo varias preguntas acerca de mi condicion, de mi estado, de mis medios de subsistencia; á las cuales le contesté sin hacerme mas rica ni mas pobre de lo que en realidad soy.

—¿Quereis que se os devuelva,—añadió,—si se encuentra, vuestro hijo?

—¡Ah! señor juez,—dige poniéndome de rodillas delante de

él,—no quiero otra cosa. En nombre del cielo, mandad que me lo entreguen. Es fácil reconocerle por un rizo de pelo que le he puesto en el brazo. Ahora que todo se sabe y que he sufrido cuanta vergüenza tenia que sufrir, le haré criar á costa de mi trabajo, y le educaré como si fuera mi hijo...

En cuyo instante noté mi descuido, y traté de ocultarle de este modo:

—Como si fuera mi hijo legítimo.

—¡Está bien!—me dijo ablandándose,—dais muestras de no estar pervertida aun; voy á oficiar á Grenoble para que busquen á vuestro hijo; si parece, se os devolverá y pagareis la multa. Entretanto, es preciso que os conduzcan á la cárcel, y permanezcais en ella algunos dias, en lugar de la comadre, á la que voy á mandar ahora mismo que pongan en libertad. Vuestra confesion y vuestro arrepentimiento merecen la consideracion que pienso tener con vos.

Concluyó de escribir, tocó una campanilla que habia sobre sus papeles, semejante á las que hay en las iglesias en un esquinazo de las gradas del altar, y se apareció un hombre vestido de negro y con una cadena de plata colgando sobre su chaleco.

—Ujier—dijo,—llevad esta mujer á la cárcel; ahí teneis el auto de prision. Esperad,—añadió,—esta otra es la orden para poner en libertad á la comadre de Voiron.

El señor de lo negro tomó entonces los dos documentos, me hizo subir á un carruaje que estaba preparado, y me condujo cortesmente á la cárcel.

La pobre comadre manifestó mas sentimiento al salir de aquel sitio, que yo al entrar en él. Se compadecia de mí, aun mas que de ella misma.

LXXV.

Como unas seis semanas pasarian antes de que saliera de la cárcel. Al entrar en ella, me destinaron al mismo dormitorio y al mismo corredor en que se hallaban una porcion de malas mujeres